

VILLAESCUSA DE HARO 2010. PREGÓN DE FIESTAS.

Sr. Alcalde, Sres. Concejales, Autoridades presentes, pasadas y futuras, Reina de las Fiestas, Damas de Honor, Habitantes y Visitantes de Villaescusa de Haro, Señoras y Señores:

Supongo que no peco de original al presumir que todo orador que se haya encontrado en esta tribuna siente una fuerte necesidad de explicar por qué se halla en tal; en mi caso es fácil: no me lo explico.

Consta que hubo una alianza contumaz de personajes amantes de Villaescusa cuyo objetivo no era otro que encontrar un orador -aunque fuese mudo- para pregonar las fiestas. Y encontraron, sí, encontraron, después de una concienzuda criba en un cedazo vacío, a este barbado y calvo cuyo único mérito, acaso, sea el de ser millonario en amigos de mejores intenciones que hallazgos, pues conociendo mi capacidad para andar por las ramas no cortaron el tronco a tiempo, cuando todo se podría haber resuelto con una costalada y un hatillo de buenas intenciones regadas con cualquier caldo de estas tierras.

Pero no fue así. Y se me comunicó el resultado de sus deliberaciones. Y lo acepté, naturalmente, porque al inmerecido orgullo de saberme elegido se añadió la inconsciencia de mi natural, de cuyo atrevimiento y cuitas pueden testificar varios escenarios que terminan escarchados de hortalizas en lugares distintos de nuestra geografía patria. Estar entre vosotros -y contarlos después, (porque espero de vuestra indulgencia poder contarlos después)-, será causa de asombro y pasmo sin cuento porque a quienes se les ocurrió la idea de presentarme no se les ocurrió la de aconsejarme, guiarme para no naufragar por los tenebrosos piélagos de la retórica con una somera orientación acerca de los gustos y sensibilidades -exquisitos, sin duda- del auditorio, dejándome en la cómoda, sólida y reconfortante sensación de estar más solo que la una.

He de decir, previamente, que recelo de la ortodoxia en lo que tenga de inercia, aunque no de significado, y, en estos casos, la ortodoxia dicta hablar de Historia, de gastronomía, de abundancias agropecuarias, de fetiches de exaltación, de glorias en conserva o de bellezas y bellezos (hay que adaptarse a los tiempos) producto de la insistencia en lo mismo sobre lo mismo de las gentes en el paisaje. Como he dicho, recelo de todo ello y, consecuente, -podéis estar tranquilos-, renuncié a la ortodoxia y a sus atractivos, cómodos capítulos para presentarme ante vosotros y deciros que, puesto que sobreabunda en Villaescusa la categoría, intentaré volar sobre la anécdota, concepto menos arriesgado y -procuraré- algo más liviano.

Comenzaré por la génesis del proyecto de pregón.

Eliminados pues los tópicos, había que buscar consejo acerca del qué decir y cómo; menester más que fácil dado, como he dicho, mi abundante caudal de amistades. Convoqué a las mejores cabezas conocidas utilizando internet y, como anzuelo -les va la cosa intelectual-, a cada una de ellas propuse que el argumento del pregón debiera ceñirse a lo concreto dando estas más que precisas instrucciones: Hablar de la fiesta y de lo consuetudinario, sí, pero lejos de la somnolencia y no menos de la estridencia, fuera de lo vulgar y de lo excelso, distante de lo material tanto como de lo etéreo, rozando lo luminoso aunque con contrastes de grisalla, resaltando las importancias sin olvidar las minucias, siendo uno y lo mismo pero plural y vario, concertando la cercanía con lo distante, la apariencia con la realidad...

En fin, algo fácil y sencillo. Los emplacé para que en el improrrogable lapso de tres días dieran razón de sus conclusiones. Así comenzó la búsqueda del conocimiento, la fábrica de la alegoría cuasi inalcanzable del hallazgo original, el esfuerzo intenso para la consecución excelsa; el palpito de lo perfecto... La Monda.

Cónclave virtual, claro, que internet facilita la comunicación donde las cabezas convocadas distan entre sí algunos cientos de kilómetros y troca, delicadamente, la

cerveza, el vino, el jamón y las otras viandas que ha de pagar el convocante, también en virtuales. Que nadie llame tacaño al prudente, que de prudentes es evitar el condumio que pueda conducir al sopor y, por ende, a la falta de ideas o, lo que es peor, al parto de ideas estrafalarias o desaliñadas que sólo tienen de ver con el efluvio y bien poco con el razonamiento.

Tres días más tarde, según su docta opinión, mi buen amigo Rafael me animaba a disertar sobre la influencia del vino de esta zona en los avistamientos de sirenas ocurridos en la navegación de cabotaje de los siglos XIV y XV en el Cantábrico, José Carlos acerca de la relación entre los sexadores de pollos en la Guyana francesa y los ancestrales esquiladores de la cabaña manchega; a Antonio le pareció una barbaridad lo de los sexadores de pollos y abogó por la contribución del emperador Trajano a la taxonomía numérica de los olivos de la Mancha. Por fin, Luís, el más lúcido, templado y formado de todos ellos me dijo:

“Chema, conociendo tus aptitudes, lo mejor es que no digas nada”.

Acongojado y en la seguridad de que mis amigos habían sufrido una repentina afección: la cocolitiasis; según la tradición de los más antiguos arcanos de la medicina occidental, ya nombrada por el gran Hipócrates de Cos en el s.V a.C., recogida por el no menos grande Paracelso en el s. XV y finalmente descrita por el ilustrado Lancet de Mountignon en los siguientes términos: “Cocolitiasis: Patología harto frecuente entre graciosillos, pijos, globeros, trepas, bocinarios, tragachapas, agobialmas y segundogradistas --por lo que se cree de etiología ambiental-, que cursa de modo espontáneo y consiste en la esclerosis progresiva e irremediable, a veces súbita, del tejido neuronal, hasta que toma la consistencia de la piedra. Paradójicamente el cráneo, al capón, suena a hueco”.

Después de suicidarme, me tomé un par de aspirinas. Más tarde me puse a escribir. Y aquí estoy. Dios nos asista.

Es, naturalmente, imprescindible la protección de la Virgen del Favor y La Ayuda a quien me encomiendo para no errar hablando de Villaescusa y sus gentes, de la Fiesta y de lo Festivo. Con su luz abro el Diccionario de Autoridades y busco y encuentro en su primera acepción:

“FIESTA. Alegría, regocijo ú diversión que se tiene por algún motivo”

Identidad de Fiesta y Alegría. Sin embargo, en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua actual, esa acepción (de las nueve existentes) ha desaparecido. Creo que es un error que nuestros académicos hayan desterrado esa identidad probablemente por algún problema de estreñimiento. Fiesta y Alegría es lo mismo según definieron hacia 1730 las autoridades competentes y mejores cabezas de la época. Me quedo con ello.

La Alegría es visceral. Tiene que ver con lo espontáneo y con lo inmediato: es cómplice de lo presente. La Fiesta es un presente elegido que nos llama desde muy lejos, desde muy adentro porque es tradicional; porque es lo que se nos entrega (ese es el significado de tradición --de la traditio latina-), el acto mismo de la entrega de una generación a otra. Casi se pudiera decir que es un acuerdo, una alianza, un contrato nunca escrito entre ascendientes y descendientes para entregar la Alegría en una cadena ideal que no se debe acabar nunca... Precioso. Y esta vez no sólo por la belleza de la figura, sino por el valor de su contenido. La Fiesta es el marco de la Alegría entregada que se formaliza durante un tiempo con fastos, cortesías, agasajos, parabienes y ceremonias en unas gentes que tienen, en el común, el amor a la tierra donde nacieron y a sus costumbres. De algún modo, parece que las Fiestas definan a sus pueblos, que digan de ellos mucho

porque la mano que diseña no es ajena a lo diseñado, ni lo diseñado sea sólo el producto de aquélla, sino una parte viva; la proyección de lo que se quiso hacer, ofrecer, entregar.

Creo que Villaescusa entrega más, bastante más que las Fiestas y sus contenidos. Entrega lo natural y lo indistinto como regalo. Otra vez precioso y otra vez por lo mismo. Me explico: Lo natural es eso que está a tu lado y no te das cuenta. Es esa belleza cotidiana y muda de la que eres testigo sin sentirlo; es lo que no damos importancia por eso, porque nos acompaña siempre y es parte de nuestras entretelas; del tejido con el que estamos hechos. Lo natural no se hace diferente de nada, es original per se, nacido conmigo y consigo al tiempo y, por tanto, en nada extraño. Así son las Fiestas entre vosotros. Y eso lo habéis hecho -no es de ahora- porque es la consecuencia de vuestra Historia; de lo que habéis hecho con ella. Todo está en estas calles sin señales de tráfico, sin prisas, con pacientes sillares que te contemplan desde su sueño de siglos y que te hacen sentir que, en realidad, eres un pequeño mensajero, del todo innecesario, ante la grandeza del tiempo vivido por tantas vidas que construyeron su propia arquitectura, la vital y la de piedra, en un juego irremediable del que conocieran el esplendor de su final.

En cuanto a lo indistinto; es absurdo buscar una identidad cuando se tiene. Todo el mundo tiene una, sea de donde sea, tiene una. Es absurdo buscar un elemento diferencial en lo que nunca se sintió diferente, aunque motivos no faltasen para serlo. Sería incomprensible que, quienes se sienten y hacen sentir al que se acerca a ellos la coherencia de ser iguales, pusieran marcas desemejantes que distanciaran del otro las bondades propias. Es absurdo buscar una identidad cuando se tiene. Tal identidad tiene Villaescusa que no se hace alarde de ella, y a eso se llama elegancia. Se define Villaescusa como par inter pares, con lo que la maldición de saberse en riesgo de extranjería (se puede uno sentir bien acogido, pero extranjero) simplemente, no existe. Esta expresión de hospitalidad, naturalidad y bonhomía que Villaescusa ofrece es un regalo compartido y placentero, porque no hay cosa más grata que sentirse en casa, cómodo, entre amigos, como en bata y con zapatillas. No de todos podría decir lo mismo. No lo diría.

El espíritu de la Fiesta dice que la Alegría debiera ser el estado natural de quien participa en ella. Por extensión, debiera ser el estado dominante de la vida. Hay que vigilarse y ser conscientes de que los enemigos del contento y del disfrute son tanto el exceso como la racanería, el primero especialmente atractivo para los menores de ochenta años, a los que con frecuencia hay que recordar a altas horas de la madrugada la pérdida entonación de himnos fraternales y la fluidez de la facundia. De la racanería sólo puedo decir que quien la practica no la sufre, porque el ejercicio de ella es independiente de los posibles de que disponga y, en consecuencia, tiende a utilizar los otros posibles; es decir, los posibles de otros, lo que el prodigioso idioma español termina en llamar mester de gorronería, que más que un mester se dijera que en algunos es, por lo hábil, oficio de virtuoso. Os deseo que huyáis del uno y del otro y de un tercero que os contaré: La moderna percepción de futuro.

Queremos anticiparnos a él (que ya es idiotez. En retórica se llama pleonasma), vivir en él (imposible realidad, en román paladino también termina en "ez", pero comienza por "gil"), de modo que se va convirtiendo en algo vivo dentro de nuestra vida, en una realidad que no tiene realidad posible porque, simplemente, no llega nunca. "Siempre mañana, pero nunca mañanamos", dice D. Félix Lope de Vega Carpio a su esposa, D^a Juana de Guardo, en un inolvidable soneto, indicando que casi nunca -no sé si nunca- respondía a sus ardorosos requiebros. Parece que la jaqueca no es un invento de Hollywood, y que, en realidad nada hay nuevo bajo el sol excepto los dos grandes descubrimientos de la Humanidad: el mando a distancia y el papel higiénico.

Mañana es una palabra que nunca llega. Se ha de confiar en la propia entraña, conocerla y saber qué es lo que da de sí. Eso es bastante. Vivir siempre con el futuro a cuestas es cargar con un fantasma de gran tonelaje relleno de azúcar. Probablemente, uno

VILLAESCUSA DE HARO 2010. PREGÓN DE FIESTAS.

de los genios que han sido en este mundo, quiso formular –y lo hizo mejor que nadie- la importancia del presente. Quinto Horacio Flaco, conocido en casa como Horacio, grandísimo poeta satírico y lírico del siglo I antes de Cristo, nos dejó escrito que gozáramos del instante (*carpe diem*), de este mismo instante que ahora está pasando. Que nos diéramos cuenta de que no tiene retorno y de que el futuro es sólo una palabra en la que hay que confiar muy poco. En la oda XI de sus *carmina*:

“Mientras hablamos, habrá huido el tiempo con envidia.

Goza este instante (carpe diem) y no confíes demasiado en lo que pueda venir mañana”.

El valor de lo presente, como herramienta de la conciencia, también lo asienta otro de los grandes, Aurelius Agustinus Hipponensis, familiarmente conocido como San Agustín, sostenía que el hombre vivía las tres presencias en el mismo instante:

“El presente del pasado es la memoria, el presente del presente es la imagen, el presente del futuro es la expectativa”.

En fin; hay que festejar y percibir –me redundo- que la fiesta es este presente que ahora se está yendo y no podemos retener entre las manos. Abramos, pues, nuestra conciencia para recibir el tesoro de cada segundo sin exceso ni racanería, haciendo realidad que se convierta en vida y que nos demos cuenta y, cuando se termine (¡pobre de mí!) esta felicidad que os deseo durante las fiestas –y fuera de ellas-, que os quede, como queda el postgusto largo de los buenos caldos de vuestra tierra, la certeza de que un recuerdo grato cincelado hoy, sumará el año que viene más vida, más presente, más alegría.

Y un pregonero menos pesado que éste.

Carpe diem.

¡Viva Villaescusa de Haro! ¡Vivan sus Fiestas!
¡Vivan sus gentes!

